

OPINIÓN/P. Albano

Intervención quirúrgica en Fresno de la Vega en 1841

PARA el tiempo a que nos referimos, mediados del S. XIX, ya hacía siglos que en Fresno de la Vega se cultivaba el pimiento morrón. Por Fresno pasaba un Camino de Santiago y junto a él había una ermita donde estaba la Virgen de los Farrapos, y un hospitalito. Esos y otros datos curiosos me llamaron la atención en escrituras antiguas sobre Fresno.

Pero esta vez no voy a dedicar el artículo a Fresno, sino al pueblo de uno de los protagonistas de que voy a hablar. En concreto se lo dedico a los nacidos en el pueblo de Armada, que fue uno de los inundados por el pantano de Vegamián o del Porma. Y por extensión, a los de todos los pueblos sumergidos.

A pesar de la existencia en Fresno de un hospitalito, más bien albergue y hospedería, me llamó la atención el que don Eugenio González Getino, médico en Fresno, se comprometiera a realizar la intervención de la amputación de una pierna a don Celestino Fernández, maestro de primeras letras en Fresno en esos años. Don Celestino era natural de Armada. No puede menos de recordar el cuadro de Rembrandt, titulado *Una lección de anatomía*, al leer la intervención quirúrgica de don Eugenio González en Fresno.

Dice la Escritura, fechada en Fresno, a 31 de agosto de 1841: «Pareció ante mí, el Escribano, don Eugenio González Getino, Médico titular de esta villa de Fresno y dijo que hallándose don Celestino Fernández como maestro de primeras letras, natural de Armada, Ayuntamiento de Ve-

gamián y Partido Judicial de Riaño, se vio atacado por una enfermedad grave o fiebre maligna, de cuyas resultas, depositado el tumor en la extremidad derecha, llegó el caso de tener que ejecutar la correspondiente amputación, a cuya operación presentaron otros dos facultativos. El exponente, como principal titular de esta villa, asistió al dicho Celestino Fernández durante ochenta días, tratando de curar la dolencia por todos los medios, siguiendo la operación y la curación hasta que el dicho Celestino se marchó a su lugar de Armada».

La segunda parte de la Escritura habla de cómo don Celestino una vez curado, se marchó a su tierra de Armada y Vegamián, sin pagar los derechos de don Eugenio, quien haciendo gracia, había ajustado la operación en quinientos reales, y como al no verse remunerado, puso pleito. Y mienta más lugares, como Lodares, Armada, Vegamián, Pardomino, a la mención de cuyos nombres a más de veinte de los removidos del Pantano del Porma se les removerán el corazón y el alma.

La precaria situación del maestro don Celestino no debe extrañarnos demasiado. El tiempo de los años 1840 y sucesivos era cuando ya se decía de alguien que pasaba necesidad, que tenía más hambre que un maestro de escuela. Apenas se les pagaba a los maestros ocho fanegas de trigo o cincuenta reales al año por su labor de magisterio. Con qué ahorros iba a contar don Celestino, si hasta sin una pierna se había quedado.

Lástima que la escritura no nos dice cómo acabó el plei-

to. Tampoco nos dice qué clase de herramientas usó el Médico don Eugenio para la operación. Por alguna otra Escritura sabemos cuales y qué poquitas y elementales eran: tijeras, cuchillos, sierras. Seguro que a don Celestino le vendaron los ojos, le sujetaron con correas y quizá hasta le anestesiaron con algo de cloroformo o cosa parecida. Pero con todo y con eso, no podemos menos de imaginar la truculencia de la operación. Y a pasar de lo cual, don Celestino volvió cojeando y con apoyo de bastones a deambular por su tierra, hoy sumergida. Espíritu de montañés y de escaladificultades se le llama a eso. Y aludiendo en concreto a los de Armada y Lodares, espíritus armados de coraje y de paciencia de barro los podíamos decir.

Al recordar a Fresno de la Vega y pueblos del Pantano del Porma, no he podido menos de rememorar a las gentes de Riaño, de Vegamián, de Luna, que vieron desalojar sus vidas y viviendas, pero que no desarraigaron su corazón del suelo que los vio nacer y vivir. En la vega, en el páramo o en la ciudad han rebrotado hierbas y flores de su sacrificio emigratorio. Pero no sé si esas hierbas y flores tendrán el mismo aroma.

A lo peor todavía habría gente dispuesta a volver a su montaña, incluso cojeando, como don Celestino. Aunque bien pensado y después de todo, sea mejor poder vivir y caminar con las dos piernas sobre terreno más sólido y confortable.

Quien menos nos lo podría decir sería el buen Maestro de Armada, don Celestino Fernández.

08-11-01